

VEINTE POEMAS DE AMOR
Y UNA CANCIÓN DESESPERADA

© Fundación Pablo Neruda

© Pehuén Editores

María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago

Fono (56-2) 225 62 64 - 204 93 99

editorial@pehuen.cl

www.pehuen.cl

Inscripción N° 5.904, 1938

ISBN 978-956-16-0279-3

Fotografía Pablo Neruda en portada, propiedad de Bernardo Reyes
de su archivo privado

Primera edición, 1992

Novena edición, febrero de 2008

Diseño y diagramación

Pehuén Editores

Impresión

Maval

Se prohíbe la reproducción o emisión, total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

PABLO NERUDA
VEINTE POEMAS DE AMOR
Y UNA CANCIÓN DESESPERADA

Prólogo

Edmundo Concha

Epílogo

Héctor I. Eandi

Ilustraciones

Arístide Maillol



pehuén

PRÓLOGO ¹

Cuando Pablo Neruda publicó su segundo libro, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, en 1923, era un joven de 20 años, flaco, tímido, soñador. El aplauso de la crítica no se hizo esperar. Se comprobó entonces que en Chile también un poeta podía crear “un escalofrío nuevo”.

Hoy, cuando se entrega la edición número 92 de ese libro romántico y postmodernista, el cuerpo de su autor yace bajo tierra, no así su poesía que sigue volando por todos los cielos.

Su inicio literario lo había hecho en 1917 en el diario *La Mañana* de Temuco y después, en 1921, en la revista *Claridad*, órgano de la Federación de Estudiantes.

Poeta fecundo, a lo largo de su ascendente trayectoria publicó 49 libros, muchos de ellos reeditados en otros países y traducidos a 35 idiomas, lo cual da la medida de la resonancia de su inspiración.

Pablo Neruda, o Neftalí Reyes Basoalto en lo civil, nació en Parral el 12 de julio de 1904, estudió humanidades en el liceo de Temuco, tiempo en que Gabriela Mistral guiaba sus lecturas, e ingresó en 1921 al Instituto Pedagógico en la asignatura de francés, estudios que no concluyó, pues lo absorbió la agridulce bohemia santiaguina. Cuando tenía 23 años y carecía de trabajo, el gobierno lo enroló en el servicio diplomático, en el cual, con intervalos, permaneció 3 lustros y en cuyo transcurso conoció parte de Asia y varios países europeos.

Cuando ejercía el cargo de cónsul en España en la década del 30, los poetas de la generación del 27 le rindieron un

¹ Prólogo a la edición conmemorativa del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, en 1992.

significativo homenaje. Federico García Lorca dijo: “Un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía; más cerca del dolor que de la inteligencia; más cerca de la sangre que de la tinta”.

Pablo Neruda regresó a Chile en 1932 y continuó publicando libro tras libro con una fecundidad inusual en los poetas. En la década siguiente incursionó en la política, fue senador y por sus ideas rojas, deportado por un Presidente alérgico al sentimiento de la gratitud.

Viajó con frecuencia por casi todos los continentes y en 1971-72 fue embajador en Francia. Se casó tres veces. En 1971 recibió el Premio Nobel, ocasión en que expresó: “Yo vengo de una obscura provincia, de un país separado de todos los otros por la tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía, y también con mi bandera”.

El poeta falleció el 23 de septiembre de 1973, en los comienzos de esa noche, la más oscura de la historia de Chile, que iba a durar 17 años.

El ciclo de su poesía, igual que el de la naturaleza, a la que tanto se asemeja, pasa por 4 estaciones distintas.

La primera, su “época azul”, está en *Crepusculario* (1923) y en *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924). En ella el poeta es un sentimental que expone sus propias cuitas, los arranques de su sensibilidad, el *spleen* prematuro que le provoca la soledad provinciana. Es un romántico que vive menos en la realidad que en el ensueño. Sus temas son diversos, con predominio del amor platónico, la melancolía, el paisaje. Su expresión, sujeta en parte a la métrica tradicional, es clara, directa, nunca cacoleada.

La segunda etapa está contenida especialmente en *Residencia en la tierra* (1933), confesión escrita cuando el

autor se contacta con otras latitudes, otras personas, otros idiomas. Ahí, en Rangún, en Ceylán, en Java, experimenta una nueva dimensión de la soledad, de índole metafísica. Su poesía cambia. El poeta ya no es un sujeto condolido por sus pesares personales, dado a los requiebros bajo la noche estrellada, inserto en un medio primitivo donde el viento y la lluvia son elementos predominantes. Su poesía, ahora voz de sus sentidos más que de su conciencia, es múltiple, intuitiva y desintegradora de la realidad en la rebusca de sus raíces, en tanto que su lenguaje es consiguientemente oscuro e incoherente. ¿Cómo hubiera podido, con palabras en orden, traducir el caos de los últimos estratos? El vate, sin ningún norte preestablecido por la razón, se entrega a los dictados de la pura sensibilidad y, cual un médium, compone una poesía extravertida, visceral, panteísta hasta articular una cosmovisión no exenta de angustia existencial. Con elementos oníricos, con aportes del subconsciente, ella no pretende ser “bonita” sino una nueva versión menos superficial de los temas del hombre.

“La poesía extingue la idea. Toda idea la mata”. Jean Cocteau.

La tercera parte corresponde a la aurora que sigue después de la noche. En ella el poeta irrumpe sobre el tablado social enarbolando vistosas banderas partidistas, con sus libros *Canto general* (1950), *Las uvas y el viento* (1954) y *Canción de gesta* (1960). Su poesía asume posiciones más concretas, hasta llegar al compromiso político, no ajeno al cartel y a la diatriba.

Y el cuarto período abarca *Odas elementales* (1954), *Estravagario* (1958) y *Navegaciones y destierros* (1959). Ellas suponen el eterno retorno del hombre. Pablo Neruda, el proteico, tal vez hartado de abstracciones y de utopías, vuelve a inspirarse en los valores concretos, tales como una fruta, un árbol, una piedra. Dijérase que otra vez se hace luz

en su camino y, aunque suele descender al prosaísmo, en poemas que son meras crónicas descriptivas, su poesía, a golpe de instinto, va despertándole nuevas significaciones a los viejos y gastados materiales de la tierra. Ha superado ya su romántica tristeza de poeta ensimismado y ahora es un ciudadano abierto, extravertido, fáustico. Lejos están ya el caos, las honduras y las trizaduras, el alud de metáforas; ahora todo es más simple y al alcance de la mano.

Ninguna de estas etapas constituye compartimiento estanco, con límites rígidos. Cada una de ellas, a fuer de organismo vivo y no de mecanismo, se topa con sus extremos en las otras y a veces hasta las desborda.

Alone ha visto así este fenómeno poético: “Algo había latente en las palabras, es decir en los seres, en las cosas, en el espíritu, en la materia, sólo accesibles al conocimiento racional por mediación de las palabras, algo oculto palpitable que, en cuanto él tocó unos resortes, ha salido a la luz. Se puede escribir de otra manera que Neruda después de él; pero no se puede escribir como antes de él. Los demás golpeaban, a veces con furia, a una determinada puerta. Él la abrió. Y ya no cabe cerrarla”.

En general esa poesía en ninguna estación pierde su capacidad de asombro y es voz desconcertada de un Adán redivivo, no encubierta todavía por las máscaras de la cultura, en pos de un reencuentro con los elementos naturales, como la lluvia, el viento, el mar, la madera, la mujer. De ahí la persistencia de estos elementos al punto de que Gabriela Mistral calificó a su autor de “místico de la materia”. En esta simbiosis hombre-naturaleza influyen probablemente la infancia y el ambiente en que se crió el poeta, la Frontera, zona que entonces conservaba intacta su virgen textura.

En mucha de la poesía nerudiana está implícito un fuerte afán de trascendencia que busca una salida verbal

a una tristeza congénita e irremediable, sobrecargada de recuerdos y en la cual a veces pareciera identificarse el dolor de todo un continente históricamente preterido.

Al margen de estas virtudes poéticas y casi ontológicas, el poeta también exhibe otra de índole moral: su acendrado amor a Chile. Sin perjuicio de ser un ciudadano del mundo, pocos como él han cantado a su patria con tan vívida pasión. Todas las zonas del territorio nacional, el desierto, los valles centrales, y su boscoso y húmedo sur, han sido exaltadas en su poesía, exaltación que se ha extendido a los hombres anónimos o próceres que han forjado nuestra historia. Con ello el poeta ha lanzado el nombre de Chile cual un aerolito que en el espacio universal “gira en el cielo y canta”.

En un discurso en la Universidad de Chile en 1962 expresó: “Mi libro más grande, más extenso, ha sido este libro que llamamos Chile. Nunca he dejado de amar la patria, nunca he separado mis ojos del largo territorio”.

¿Cuál es, en suma, el aporte de Pablo Neruda a la poesía? Antes de su aparición, ella se parecía a Ulises: era prudente, formal, con las manos amarradas. Él inaugura una mayor libertad poética en los temas y en la expresión y, de esa manera, junto con crear un estilo que tiene imitadores y seguidores en todos los espacios del habla castellana, ha logrado conmover, con vista a una nueva sublimación, los contrapuestos valores del alma humana, tanto en el nivel epopéyico como en el nivel cotidiano.

Edmundo Concha
Santiago, enero de 1992.



POEMA 1

Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en tu actitud de entrega.
Mi cuerpo de labriego salvaje te socava
y hace saltar el hijo del fondo de la tierra.

Fui solo como un túnel. De mí huían los pájaros
y en mí la noche entraba su invasión poderosa.
Para sobrevivirme te forjé como un arma,
como una flecha en mi arco, como una piedra en mi
honda.

Pero cae la hora de la venganza, y te amo.
Cuerpo de piel, de musgo, de leche ávida y firme.
Ah los vasos del pecho! Ah los ojos de ausencia!
Ah las rosas del pubis! Ah tu voz lenta y triste!

Cuerpo de mujer mía, persistiré en tu gracia.
Mi sed, mi ansia sin límite, mi camino indeciso!
Oscuros cauces donde la sed eterna sigue,
y la fatiga sigue, y el dolor infinito.

Se ha indicado explícitamente con la palabra *Poema* a cada uno de los incluidos en la presente edición, de acuerdo con la costumbre generalizada de referirse a ellos, aunque la obra original sólo contemplara el número (N. del E.).

POEMA 2

En su llama mortal la luz te envuelve.
Absorta, pálida doliente, así situada
contra las viejas hélices del crepúsculo
que en torno a ti da vueltas.

Muda, mi amiga,
sola en lo solitario de esta hora de muertes
y llena de las vidas del fuego,
pura heredera del día destruido.

Del sol cae un racimo en tu vestido oscuro.
De la noche las grandes raíces
crecen de súbito desde tu alma,
y a lo exterior regresan las cosas en ti ocultas,
de modo que un pueblo pálido y azul
de ti recién nacido se alimenta.

Oh grandiosa y fecunda y magnética esclava
del círculo que en negro y dorado sucede:
erguida, trata y logra una creación tan viva
que sucumben sus flores, y llena es de tristeza.

POEMA 3

Ah vastedad de pinos, rumor de olas quebrándose,
lento juego de luces, campana solitaria,
crepúsculo cayendo en tus ojos, muñeca,
caracola terrestre, en ti la tierra canta!

En ti los ríos cantan y mi alma en ellos huye
como tú lo desees y hacia donde tú quieras.
Márcame mi camino en tu arco de esperanza
y soltaré en delirio mi bandada de flechas.

En torno a mí estoy viendo tu cintura de niebla
y tu silencio acosa mis horas perseguidas,
y eres tú con tus brazos de piedra transparente
donde mis besos anclan y mi húmeda ansia anida.

Ah tu voz misteriosa que el amor tiñe y dobla
en el atardecer resonante y muriendo!
Así en horas profundas sobre los campos he visto
doblarse las espigas en la boca del viento.

POEMA 4

Es la mañana llena de tempestad
en el corazón del verano.

Como pañuelos blancos de adiós viajan las nubes,
el viento las sacude con sus viajeras manos.

Innumerable corazón del viento
latiendo sobre nuestro silencio enamorado.

Zumbando entre los árboles, orquestal y divino,
como una lengua de guerras y de cantos.

Viento que lleva en rápido robo la hojarasca
y desvía las flechas latientes de los pájaros.

Viento que la derriba en ola sin espuma
y sustancia sin peso, y fuegos inclinados.

Se rompe y se sumerge su volumen de besos
combatido en la puerta del viento del verano.

POEMA 5

Para que tú me oigas
mis palabras
se adelgazan a veces
como las huellas de las gaviotas en las playas.

Collar, cascabel ebrio
para tus manos suaves como las uvas.

Y las miro lejanas mis palabras.
Más que mías son tuyas.
Van trepando en mi viejo dolor como las yedras.

Ellas trepan así por las paredes húmedas.
Eres tú la culpable de este juego sangriento.

Ellas están huyendo de mi guarida oscura.
Todo lo llenas tú, todo lo llenas.

Antes que tú poblaron la soledad que ocupas,
y están acostumbradas más que tú a mi tristeza.

Ahora quiero que digan lo que quiero decirte
para que tú las oigas como quiero que me oigas.

El viento de la angustia aún las suele arrastrar.
Huracanes de sueños aún a veces las tumban.
Escuchas otras voces en mi voz dolorida.
Llanto de viejas bocas, sangre de viejas súplicas.
Ámame, compañera. No me abandones. Sígueme.
Sígueme, compañera, en esa ola de angustia.

Pero se van tiñendo con tu amor mis palabras.
Todo lo ocupas tú, todo lo ocupas.

Voy haciendo de todas un collar infinito
para tus blancas manos, suaves como las uvas.

POEMA 6

Te recuerdo como eras en el último otoño.
Eras la boina gris y el corazón en calma.
En tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo.
Y las hojas caían en el agua de tu alma.

Apegada a mis brazos como una enredadera,
las hojas recogían tu voz lenta y en calma.
Hoguera de estupor en que mi sed ardía.
Dulce jacinto azul torcido sobre mi alma.

Siento viajar tus ojos y es distante el otoño:
boina gris, voz de pájaro y corazón de casa
hacia donde emigraban mis profundos anhelos
y caían mis besos alegres como brasas.

Cielo desde un navío. Campo desde los cerros.
Tu recuerdo es de luz, de humo, de estanque
en calma!

Más allá de tus ojos ardían los crepúsculos.
Hojas secas de otoño giraban en tu alma.

POEMA 7



Inclinado en las tardes tiro mis tristes redes
a tus ojos oceánicos.

Allí se estira y arde en la más alta hoguera
mi soledad que da vueltas los brazos como un
náufrago.

Hago rojas señales sobre tus ojos ausentes
que olean como el mar a la orilla de un faro.

Sólo guardas tinieblas, hembra distante y mía,
de tu mirada emerge a veces la costa del espanto.

Inclinado en las tardes echo mis tristes redes
a ese mar que sacude tus ojos oceánicos.

Los pájaros nocturnos picotean las primeras estrellas
que centellean como mi alma cuando te amo.

Galopa la noche en su yegua sombría
desparramando espigas azules sobre el campo.

POEMA 8

Abeja blanca zumbas —ebria de miel— en mi alma
y te tuerces en lentas espirales de humo.

Soy el desesperado, la palabra sin ecos,
el que lo perdió todo, y el que todo lo tuvo.

Última amarra, cruje en ti mi ansiedad última.
En mi tierra desierta eres la última rosa.

Ah silenciosa!

Cierra tus ojos profundos. Allí aletea la noche.
Ah desnuda tu cuerpo de estatua temerosa.

Tienes ojos profundos donde la noche alea.
Frescos brazos de flor y regazo de rosa.

Se parecen tus senos a los caracoles blancos.
Ha venido a dormirse en tu vientre una mariposa
de sombra.

Ah silenciosa!

He aquí la soledad de donde estás ausente.
Llueve. El viento del mar caza errantes gaviotas.

El agua anda descalza por las calles mojadas.
De aquel árbol se quejan, como enfermos, las hojas.

Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma.
Revives en el tiempo, delgada y silenciosa.

Ah silenciosa!

POEMA 9

Ebrio de trementina y largos besos,
estival, el velero de las rosas dirijo,
torcido hacia la muerte del delgado día,
cimentado en el sólido frenesí marino.

Pálido y amarrado a mi agua devorante
cruzo en el agrio olor del clima descubierto,
aún vestido de gris y sonidos amargos,
y una cimera triste de abandonada espuma.

Voy, duro de pasiones, montado en mi ola única,
lunar, solar, ardiente y frío, repentino,
dormido en la garganta de las afortunadas
islas blancas y dulces como caderas frescas.

Tiembla en la noche húmeda mi vestido de besos
locamente cargado de eléctricas gestiones,
de modo heroico dividido en sueños
y embriagadoras rosas practicándose en mí.

Aguas arriba, en medio de las olas externas,
tu paralelo cuerpo se sujeta en mis brazos
como un pez infinitamente pegado a mi alma
rápido y lento en la energía subceleste.